

establecidas; y, después de hacerlo, otra nueva arrogancia: ufanarse y mostrar alegría por haberlo hecho. En verdad que el hombre no soy yo, que el hombre es ella,⁸ si ante esto no --- siente el peso de la autoridad; pero, por muy de sangre de mi hermana que sea, aunque sea -- más de mi sangre que todo el Zeus que preside mi hogar, ni ella ni su hermana podrán escapar de muerte infamante, porque a su hermana también la acuso de haber tenido parte en la decisión de sepultarle. (A los esclavos.) Llamadla. (Al coro.) Sí, la he visto dentro hace -- poco, fuera de sí, incapaz de dominar su razón; porque, generalmente, el corazón de los que -- traman en la sombra acciones no rectas, antes de que realicen su acción, ya resulta convicto de su arteria. Pero, sobre todo, mi odio es -- para la que, cogida en pleno delito, quiere -- después darle timbres de belleza.

Antígona. Ya me tienes: ¿buscas aún algo más que mi muerte?

Creonte. Por mi parte, nada más; con tener esto, lo tengo ya todo.

Antígona. ¿Qué esperas, pues? A mí, tus palabras ni me placen ni podrían nunca llegar a -- complacerme; y las más también a ti te son -- desagradables. De todos modos, ¿cómo podía alcanzar más gloriosa gloria que enterrando a mi

hermano? Todos éstos te dirían que mi acción les agrada, si el miedo no les tuviera cerrada la boca; pero la tiranía tiene, entre otras -- muchas ventajas, la de poder hacer y decir lo que le venga en gana.

Creonte. De entre todos los cadáveres, este punto de vista es sólo tuyo.

Antígona. Que no, que es el de todos; pero ante ti cierran la boca.

Creonte. ¿Y a ti no te avergüenza pensar distinto a ellos?

Antígona. Nada hay vergonzoso en honrar a los -- hermanos.

Creonte. ¿Y no era acaso tu hermano el que murió frente a él?

Antígona. Mi hermano era, del mismo padre y de -- la misma madre.

Creonte. Y, siendo así, ¿cómo tributas al uno -- honores impíos para el otro?

Antígona. No sería ésta la opinión del muerto.

Creonte. Si tú le honras igual que al impío...

Antígona. Cuando murió no era su esclavo: era su hermano.

Creonte. Que había venido a arrasar el país; y -- el otro se opuso en su defensa.

Antígona. Con todo, Hades requiere leyes igualitarias

Creonte. Pero no que el que obró bien tenga la misma suerte que el malvado.

Antígona: ¿Quién sabe si allí abajo mi acción es elogiabile?

Creonte. No, en verdad no, que un enemigo, ni -- muerto, será jamás mi amigo.

Antígona. No nací para compartir el odio, sino el amor.

Creonte. Pues vete abajo y, si te quedan ganas de amar, ama a los muertos que, a mí, mientras viva, no ha de mandarme una mujer.

Se acerca Ismene entre dos esclavos.

Corifeo. He aquí, ante las puertas, he aquí a Ismene; lágrimas vierte, de amor por su hermana; una nube sobre sus cejas su sonrosado rostro afea; sus bellas mejillas, en llanto bañadas.

Creonte. (A Ismene.) Y tú, que te movías por palacio en silencio, como una víbora, apurando mi sangre... Sin darme cuenta, alimentaba dos desgracias que querían arruinar mi trono. Ven, habla: ¿vas a decirme, también tú, que tuviste tu parte en lo de la tumba, o jurarás no saber nada?

Ismene. Si ella está de acuerdo, yo lo he hecho: acepto mi responsabilidad; con ella cargo.

Antígona. No, que no te lo permite la justicia;

ni tú quisiste ni te dí yo parte en ello.

Ismene. Pero, ante tu desgracia, no me avergüenza ser tu socorro en el remo, por el mar de tu dolor.

Antígona. De quién fue obra bien lo saben Hades y los de allí abajo; por mi parte, no soporto que sea mi amiga quien lo es tan sólo de palabra.

Ismene. No, hermana, no me niegues el honor de morir contigo y el de haberte ayudado a cumplir los ritos debidos al muerto.

Antígona. No quiero que mueras tú conmigo ni que hagas tuyo algo en lo que no tuviste parte: bastará con mi muerte.

Ismene. ¿Y cómo podré vivir, si tú me dejas?

Antígona. Pregúntale a Creonte, ya que tanto te preocupas por él.

Ismene. ¿Por qué me hieres así, sin sacar con ello nada?

Antígona. Aunque me rfa de ti, en realidad te compadezco.

Ismene. Y yo, ahora, ¿en qué otra cosa podría ser útil?

Antígona. Sálvate: yo no he de envidiarte si te salvas.

Ismene. ¡Ay de mí, desgraciada; y no poder acompañarte en tu destino!

Antígona. Tú escogiste vivir, y yo la muerte.
Ismene. Pero no sin que mis palabras, al menos, te advirtieran.

Antígona. Para unos, tú pensabas bien...; yo para otros.

Ismene. Pero las dos ahora hemos faltado igualmente.

Antígona. Animo, deja eso ya; a tí te toca vivir; en cuanto a mí, mi vida se acabó hace tiempo, por salir en ayuda de los muertos.

Creonte. (Al coro.) De estas dos muchachas, la una os digo que acaba de enloquecer y la otra que está loca desde que nació.

Ismene. Es que la razón, señor, aunque haya dado en uno sus frutos, no se queda, no, cuando agobia la desgracia, sino que se va.

Creonte. La tuya, al menos, que escogiste obrar mal juntándote con malos.

Ismene. ¿Qué puede ser mi vida, ya, sin ella?

Creonte. No, no digas ni "ella", porque ella ya no existe.

Ismene. Pero, ¿cómo?, ¿matarás a la novia de tu hijo? 10

Creonte. No ha de faltarle tierra que pueda cultivar.

Ismene. Pero esto es faltar a lo acordado entre él y ella.

Creonte. No quiero yo malas mujeres para mis hijos.

Antígona. ¡Ay, Hemón querido! Tu padre te falta al respeto.

Creonte. Demasiado molestas, tú y tus bodas.

Corifeo. Así pues, ¿piensas privar de Antígona a tu hijo?

Creonte. Hades, él pondrá fin a estas bodas.

Corifeo. Parece, pues, cosa resuelta que ella muera.

Creonte. Te lo parece a tí, también a mí. Y, -- venga ya, no más demora; llevadlas dentro, esclavos; estas mujeres conviene que estén atadas, y no que anden sueltas: huyen hasta los más valientes, cuando sienten a la muerte rondarles por la vida.

Los guardas que acompañaban a Creonte, acompañan a Antígona e Ismene dentro del palacio. Entra también Creonte.

Coro. Felices aquellos que no prueban en su vida la desgracia. Pero si un dios azota de males la casa de alguno, la ceguera no queda, no, al margen de ella y hasta el final del linaje la acompaña. Es como cuando contrarios, enfurecidos vientos tracios hinchan el oleaje que sopla sobre el abismo del profundo mar; de sus profundidades negra arena arremolina, y gimen ruidosas, oponiéndose al azote de contrarios embates, las rocas de la playa.

Así veo las penas de la casa de los Labdácidas cómo se abáten sobre las penas de los ya fallecidos: ninguna generación liberará a la siguiente, porque algún dios la aniquila, y no hay salida. Ahora, una luz de esperanza cubría a los últimos vástagos de la casa de Edipo; pero, de nuevo, el hacha homicida de algún dios subterráneo la siega, y la locura en el hablar y una Erinis en el pensamiento.

¿Qué soberbia humana podría detener, Zeus, tu poderío? Ni el sueño puede apresarla, él, que todo lo domina, ni la duración infatigable del tiempo entre los dioses. Tú, Zeus, soberano que no conoces la vejez, reinas sobre la centelleante, esplendorosa serenidad del Olimpo. En lo inminente, en lo porvenir y en lo pasado, tendrá vigencia esta ley: en la vida de los hombres, ninguno se arrastra -al menos por largo tiempo- sin ceguera.

La esperanza, en su ir y venir de un lado a otro, resulta útil, sí, a muchos hombres; para muchos otros, un engaño del deseo, capaz de confiar en lo vacuo: el hombre nada sabe, y le llega cuando acerca a la caliente brasa el --- pte.¹¹ Resulta ilustre este dicho, debido no sé a la sabiduría de quién: el mal parece un día bien al hombre cuya mente lleva un dios a la

ceguera; brevísimo es ya el tiempo que vive sin ruina.

Sale Creonte de palacio. Aparece Hemón a lo lejos.

Corifeo. (A Creonte.) Pero he aquí a Hemón, el más joven de tus vástagos: ¿viene acaso dolorido por la suerte de Antígona, su prometida, muy condolido al ver frustrada su boda?

Creonte. Al punto lo sabremos, con más seguridad que los adivinos. (A Hemón.) Hijo mío, ¿vienes aquí porque has oído mi última decisión sobre la doncella que a punto estabas de esposar y quieres mostrar tu furia contra tu padre?, lo bien porque, haga yo lo que haga, soy tu amigo?

Hemón. Padre, soy tuyo, y tú derechamente me encaminas con tus benévolos consejos que siempre he de seguir; ninguna boda puede ser para mí tan estimable que la prefiera a tu buen gobierno.

Creonte. Y así, hijo mío, has de guardar esto en el pecho: en todo estar tras la opinión paterna; por eso es que los hombres piden engendrar hijos y tenerlos sumisos en su hogar: porque devuelvan al enemigo el mal que les causó y honren, igual que a su padre, a su

amigo; el que, en cambio, siembra hijos inútiles, ¿qué otra cosa podrías decir de él, salvo que se engendró dolores, motivo además de gran escarnio para sus enemigos? No, hijo, no dejes que se te vaya el conocimiento tras el placer, a causa de una mujer; sabe que compartir el lecho con una mala mujer, tenerla en casa, esto son abrazos que hielan... Porque, ¿qué -- puede herir más que un mal hijo? No, desprecia la como si se tratara de algo odioso, déjala; que se vaya al Hades a encontrar otro novio. Y pues que yo la hallé, sola a ella, de entre toda la ciudad, desobedeciendo, no voy a permitir que mis órdenes parezcan falsas a los ciudadanos; no, he de matarla. Y ella, que le -- vaya con himnos al Zeus que protege a los de la misma sangre. Porque si alimento el desorden entre los de mi sangre, esto constituye -- una pauta para los extraños. Se sabe quién se porta bien con su familia según se muestre justo a la ciudad. Yo confiadamente creo que el hombre que en su casa gobierna sin tacha quiere también verse bien gobernado, él, que es -- capaz en la inclemencia del combate de mantenerse en su sitio, modélico y noble compañero de los de su fila; en cambio, el que, soberbio, a las leyes hace violencia, o piensa en --

imponerse a los que manda, éste nunca puede -- ser que reciba mis elogios. Aquel que la ciudad ha instituido como jefe, a éste hay que -- oírle, diga cosas baladfas, ejemplares o todo lo contrario. No hay desgracia mayor que la -- anarquía: ella destruye las ciudades, conmueve y revuelve las familias; en el combate, rompe las lanzas y promueve las derrotas. En el lado de los vencedores, es la disciplina lo -- que salva a muchos. Así pues, hemos de dar -- nuestro brazo a lo establecido con vistas al -- orden, y, en todo caso, nunca dejar que una -- mujer nos venza; preferible es -- si ha de llegar el caso -- caer ante un hombre: que no puedan enrostrarnos ser más débiles que mujeres. Corifeo. Si la edad no nos sorbió el entendimiento, nosotros entendemos que hablas con prudencia lo que dices. Hemón. Padre, el más sublime don que de todas -- cuantas riquezas existen, dan los dioses al hombre, es la prudencia. Yo no podría ni sabría -- explicar por qué tus razones no son del todo -- rectas; sin embargo, podría una interpretación en otro sentido ser correcta. Tú no has podido constatar lo que por Tebas se dice; lo que se hace o se reprocha. Tu rostro impone respeto al hombre de la calle; sobre todo si ha de --

dirigirte con palabras que no te daría gusto -
escuchar. A mí, en cambio, me es posible oír-
las, en la sombra, y son: que la ciudad se la-
menta por la suerte de esta joven que muere de
mala muerte, como la más innoble de todas las
mujeres, por obras que ha cumplido bien glorio-
sas. Ella, que no ha querido que su propio --
hermano, sangrante muerto, desapareciera sin -
sepultura ni que lo deshicieran ni perros ni -
aves voraces, ¿no se ha hecho así acreedora de
dorados honores? Esta es la oscura petición --
que en silencio va propagándose. Padre, para
mí no hay bien máspreciado que tu felicidad y
buena ventura: ¿qué puede ser mejor ornato que
la fama creciente de su padre, para un hijo, y
qué, para un padre, con respecto a sus hijos? -
No te habitúes, pues, a pensar de una manera -
única, absoluta, que lo que tú dices --mas no --
otra cosa-, esto es lo cierto. Los que creen
que ellos son los únicos que piensan o que ---
tienen un modo de hablar o un espíritu como --
nadie, éstos aparecen vacíos de vanidad, al --
ser descubiertos.

Para un hombre, al menos si es prudente, no
es nada vergonzoso ni aprender mucho ni no mos-
trarse en exceso intransigente; mira, en in-
vierno, a la orilla de los torrentes acrecenta

dos por la lluvia invernal, cuántos árboles --
ceden, para salvar su ramaje; en cambio, el --
que se opone sin ceder, éste acaba desgajado.
Y así, el que seguro de sí mismo, la escota de
su nave tensa, sin darle juego, hace el resto
de su travesía con la bancada al revés, hacia
abajo. Por tanto, no me extremes tu rigor y ad-
mite el cambio. Porque, si cuadra a mi juven-
tud emitir un juicio, digo que en mucho estimo
a un hombre que ha nacido lleno de ciencia in-
nata, mas, con todo --como a la balanza no le -
agrada caer por ese lado-- que bueno es tomar
consejo de los que bien lo dan.

Corifeo. Lo que ha dicho a propósito, señor, con-
viene que lo aprendas. (A Hemón.) Y tú igual -
de él; por ambas partes bien se ha hablado.

Creonte. Sí, encima, los de mi edad vamos a te-
ner que aprender a pensar según el natural de
jóvenes de la edad de éste.

Hemón. No, en lo que no sea justo. Pero, si es -
cierto que soy joven, también lo es que convie-
ne más en las obras fijarse que en la edad.

Creonte. ¡Valiente obra, honrar a los transgreso-
res del orden!

Hemón. En todo caso, nunca dije que se debiera -
honrar a los malvados.

Creonte. ¿Ah no? ¿Acaso no es de maldad que está
ella enferma?

Hemón. No es eso lo que dicen sus compatriotas tebanos.

Creonte. Pero, ¿es que me van a decir los ciudadanos lo que he de mandar?

Hemón. ¿No ves que hablas como un joven inexperto?

Creonte. ¿He de gobernar esta tierra según otros o según mi parecer?

Hemón. No puede, una ciudad, ser solamente de un hombre.

Creonte. La ciudad, pues, ¿no ha de ser de quien la manda?

Hemón. A ti, lo que te iría bien es gobernar, tú solo, una tierra desierta.¹³

Creonte. (Al coro.) Está claro: se pone del lado de la mujer.

Hemón. Sí, si tú eres mujer, pues por ti miro.

Creonte. ¡Ay, miserable, y que oses procesar a tu padre!

Hemón. Porque no puedo dar por justos tus errores.

Creonte. ¿Es, pues, un error que obre de acuerdo con mi mando?

Hemón. Sí, porque lo injurias, pisoteando el honor debido a los dioses.

Creonte. ¡Infame, y detrás de una mujer!

Hemón. Quizá, pero no podrás decir que me cogiste cediendo a infamias.

Creonte. En todo caso, lo que dices, todo, es a favor de ella.

Hemón. También a tu favor, y al mío, y a favor de los dioses subterráneos.

Creonte. Pues nunca te casarás con ella, al menos viva.

Hemón. Sí, morirá, pero su muerte ha de ser la ruina de alguien.

Creonte. ¿Con amenazas me vienes ahora, atrevido?

Hemón. Razonar contra argumentos vacíos; en --- ello, ¿qué amenaza puede haber?

Creonte. Querer enjuiciarme ha de costarte lágrimas: tú, que tienes vacío el juicio.

Hemón. Si no fueras mi padre, diría que eres tú el que no tiene juicio.

Creonte. No me fatigues más con tus palabras, --- tú, juguete de una mujer.

Hemón. Hablar y hablar, y sin oír a nadie: ¿es esto lo que quieres?

Creonte. ¿Con que sí, eh? Por este Olimpo, entérate de que no añadirás a tu alegría el insultarme, después de tus reproches. (A unos esclavos.) Traedme a aquella odiosa mujer para que aquí y al punto, ante sus ojos, presente su novio, muera.

Hemón. Eso sí que no: no en mi presencia; ni se

te ocurra pensarlo, que ni ella morirá a mi lado ni tú podrás nunca más, con tus ojos, verme rostro ante tí. Quédese esto para aquellos de los tuyos que sean cómplices de tu locura.

Sale Hemón, corriendo.

Corifeo. El joven se ha ido bruscamente, señor, lleno de cólera, y el dolor apesadumbra mentes tan jóvenes.

Creonte. Dejadle hacer: que se vaya y se crea -- más que un hombre; lo cierto es que a estas -- dos muchachas no las separará de su destino.

Corifeo. ¿Cómo? Así pues, ¿piensas matarlas a -- las dos?

Creonte. No a la que no tuvo parte, dices bien.

Corifeo. Y, a Antígona, ¿qué clase de muerte -- piensas darle?

Creonte. La llevaré a un lugar que no conozca la pisada del hombre y, viva, la enterraré en un subterráneo de piedra, poniéndole comida, sólo la que baste para la expiación, a fin de que -- la ciudad quede sin mancha de sangre, enteramente. Y allí, que vaya con súplicas a Hades, el único dios que venera: quizá logre salvarse de la muerte. O quizás, aunque sea entonces, pueda darse cuenta de que es trabajo superfluo,

respetar a un muerto.

Entra Creonte en palacio.

Coro. Eros invencible en el combate, que te ensañas como en medio de reses, que pasas la noche en las blandas mejillas de una jovencita y frecuentes, cuando no el mar, rústicas cabañas. -- Nadie puede escapar de ti, ni aun los dioses -- inmortales; ni tampoco ningún hombre, de los -- que un día vivimos; pero tenerte a ti enloquece.¹⁴

Tú vuelves injustos a los justos y los lanzas a la ruina; tú, que, entre hombres de la -- misma sangre, también esta discordia has promovido, y vence el encanto que brilla en los -- ojos de la novia al lecho prometida. Tú, asociado a las sagradas leyes que rigen el mundo; va haciendo su juego, sin lucha, la divina -- Afrodita.¹⁵

Corifeo. Y ahora ya hasta yo me siento arrastrado a rebelarme contra leyes sagradas, al ver -- esto, y ya no puedo detener un manantial de -- lágrimas cuando la veo a ella, a Antígona, que a su tálamo va, pero de muerte.

Aparece Antígona entre dos esclavos de -- Creonte, con las manos atadas a la espalda.